

# ***LA PRESENCIA DEL ESTADO Y EL MODELO DE LIBERALIZACIÓN ECONÓMICA***

*Víctor Manuel Muñoz Patraca*

## **Resumen**

En este artículo se presenta una reflexión acerca de las dudas que surgen en torno a la continuación del proyecto de liberalización en México por el gobierno de Ernesto Zedillo.

Se examinan las propuestas de desarrollo surgidas en los últimos años en las cuales puede observarse la oposición entre dos visiones acerca del papel que el Estado debe jugar en el proceso económico.

Se exponen los términos del debate y se busca una explicación a la falta de arraigo de las medidas liberalizadoras, la cual se encuentra en buena medida en aspectos ideológicos heredados de la Revolución Mexicana. Finalmente se considera que el descontento provocado por la actual recesión económica propicie la interrupción del proceso de liberalización.

## **Abstract**

In this article the author brings a reflection about the future of the liberalization's project in Mexico under Ernesto Zedillo's administration.

He examines the different proposals of economic and social development emerged during the last years, wich show two opposite visions about the economical role of the State.

The author express the elements of the debate and he looks for an explanation to the lack of roots of liberal policies. He finds this lack is a result of the Mexican revolution ideology.

Finally, he concludes the anger of Mexican people provoked by the actual economic recession might cause the interruption of the liberalization process.

El fracaso de la estrategia económica de los últimos años para elevar el nivel de bienestar de la mayoría de los mexicanos ha provocado un descontento que, ante la proximidad de las elecciones federales de 1997, los partidos políticos tratan de aprovechar. El rechazo a la continuación del modelo de liberalización adoptado en 1986 se expresa tanto en las filas de los partidos opositores como dentro del partido en el poder. La presión que se ejerce sobre el gobierno y las posibilidades reales de que la oposición logre avances sustantivos que la conviertan en mayoría dentro del Congreso de la Unión, hacen oportuna la revisión del debate económico a lo largo de las dos últimas décadas y el ambiente en que se ha dado, señalando, en particular, el aspecto relativo a la participación del Estado en el proceso de desarrollo económico, punto nodal en la discusión acerca del futuro de la estrategia de crecimiento. Este es el objetivo del presente trabajo.

### **La expansión de la actividad estatal**

Han pasado 20 años desde que la devaluación de agosto de 1976 marcara el inicio de una larga y difícil etapa de reestructuración económica. El fin del “milagro económico”, como lo llamó Roger D. Hansen,<sup>1</sup> se había hecho evidente algunos años antes. Sin señales claras de una economía internacional en crisis, en México se intentó un nuevo tipo de crecimiento que contaba, como en el pasado, con la rectoría del Estado.

El nacionalismo heredado de la Revolución Mexicana fundamentó la propuesta de que el propulsor del crecimiento, el Estado, en su calidad de ente público, realizara las tareas que reclamaba la puesta en marcha de un modelo de desarrollo que permitiera la recuperación del crecimiento

---

<sup>1</sup> *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI, 1971. El término hacía referencia al hecho de que durante treinta y cinco años la economía mexicana había logrado mantener una tasa de crecimiento anual superior al 6 por ciento (p. 7).

y la continuación del proceso de redistribución de los beneficios del mismo, tareas que ni la iniciativa privada ni el sector social podían realizar.

Un difuso debate sobre el desarrollo estabilizador se había abierto desde el inicio de la década y la conclusión ampliamente aceptada fue que sólo el Estado sería capaz de lograr las metas del crecimiento económico derivadas del proyecto de la Revolución Mexicana.

La experiencia derivada de los años de crecimiento sostenido fortalecía la idea de que una mayor participación del Estado podría aportar la solución a los problemas estructurales del país. Hay que recordar el trabajo *Nafinsa: banco de fomento del desarrollo económico de México*,<sup>2</sup> publicado en 1976, en donde se destacaba la promoción realizada por la agencia financiera estatal y la capacidad de los técnicos mexicanos para diseñar las respuestas que requería la economía mexicana. La perspectiva ofrecida daba confianza y alentaba las expectativas en una labor eficiente por parte de la institución nacional de fomento.

Es importante recordar que los años setenta fueron de indefinición y derrota para el mundo occidental. La profunda recesión de 1973-1976 que puso fin a la era de prosperidad iniciada al término de la Segunda Guerra Mundial, la derrota estadounidense en Vietnam y las humillaciones sufridas por la democracia occidental, como el escándalo de Watergate y más tarde la toma de rehenes en Irán, dieron el tono de incertidumbre, inseguridad e indefinición a esos años.

De manera igualmente inquietante se observaba que los caminos abiertos en ciertos lugares eran intransitables para México. En Chile, por ejemplo, se implantaban políticas modernizadoras que habrían de sentar las bases del crecimiento sostenido, pero su operación se hacía por una dictadura. Las teorías que planteaban un giro en las concepciones hasta entonces vigentes, como las de Milton Friedman, al ser adoptadas por la dictadura chilena cargaron con todo su desprestigio. Aun los trabajos de este autor de historia monetaria y crítica a los déficit en la economía

---

<sup>2</sup> Rosa Olivia Villa, *Nafinsa: banco de fomento del desarrollo económico de México*, México, Nacional Financiera, 1976.

estadunidense, no fueron objeto de una discusión seria e informada sino que, por el contrario, motivaron una descalificación originada en visiones ideologizadas que sólo veían los aspectos políticos del asunto.

En México había discípulos de Friedman pero sus trabajos, muy técnicos, tuvieron poca difusión fuera de los círculos en que se elaboraban. No hubo un debate abierto sobre las alternativas de política económica que podrían instrumentarse en el país.

En 1979 Carlos Tello<sup>3</sup> hizo una defensa de la política seguida en el periodo 1970-1976; es decir, de la intervención del Estado y el aumento de los salarios reales, a los que consideraba los ejes de la política económica del gobierno del presidente Echeverría. Elaborada ésta como una respuesta a los desequilibrios del desarrollo estabilizador, en el libro se enfatizaron los logros de una política que había otorgado ventajas evidentes a los trabajadores, gracias a la eficaz participación del Estado. El rol de la burguesía nacional era amplio y fue complementado por el Estado, que cubrió todas las áreas en que ésta —por diversos motivos— no pudo participar: el petróleo y la electricidad, la industria manufacturera y de bienes de capital, y las carreteras en el sector fundamental de las comunicaciones y transportes.

La devaluación de 1976 puso punto final a la estabilidad monetaria de los años del desarrollo estabilizador. La reforma fiscal que desde el principio fue motivo de disputa con los empresarios, se compensó con deuda externa. En un ambiente internacional caracterizado por una gran liquidez en los mercados financieros, la deuda pública externa se multiplicó por seis en un breve lapso, provocando el desequilibrio que condujo, inevitablemente, a la devaluación rechazada en los primeros años del gobierno. Llama la atención el hecho de que a pesar de que los operadores políticos estaban convencidos de la bondad de una fuerte participación del Estado en la economía, se haya desatendido el aspecto fundamental de la reforma fiscal. En su trabajo *Teoría y práctica del desarrollo*, Horacio Flores de la Peña<sup>4</sup> ofrece un buen ejemplo de las ideas dominantes en ese momento,

<sup>3</sup> *La política económica en México, 1970-1976*, México, Siglo XXI, 1979.

<sup>4</sup> México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

las cuales destacaban las ventajas de la inversión pública sobre la privada. Sin embargo, no atendían a la situación deficitaria de los ingresos del Estado frente a sus egresos, dejando que la compensación se diera por medio del crédito externo. La debilidad del modelo que se buscó implementar estaba aquí, pero nada se hizo para corregir el rumbo de la política fiscal.

Con la perspectiva que dan los años, recientemente se ha afirmado que la reforma que requería la economía mexicana a principios de los años setenta era de carácter microeconómico.<sup>5</sup> No obstante, es un hecho que el consenso de lo que puede llamarse la opinión informada se formó en torno a la mayor participación del Estado. El problema en este caso se plantea no sólo como relativo al debate nación-capitalismo, sino que permea el estado mismo de la ciencia económica en el país. Sorprende la ausencia de voces que aportaran visiones distintas a la que empujaba en esa sola dirección.

En México, la intervención del Estado en la economía no propició una institucionalización de las decisiones adoptadas. Más bien, como resultado del autoritarismo del régimen político, se impuso la autoridad del Estado en una forma que mucho heredó de la Revolución Mexicana. Las experiencias de Estados fuertes sólidamente apoyados en sus finanzas son varias. Por mencionar alguna señalaremos el caso francés, donde desde los años cincuenta se presenta no sólo el fortalecimiento del Estado vía su institucionalización, sino que se da paralelamente un impulso a la participación de los empresarios por medio de la concertación. El Estado cuenta con una política fiscal sana, los empresarios gozan de un importante margen de acción y además persiste un sector estatal que pese a las tendencias internacionales actuales no ha sido privatizado.

En el caso mexicano, el crecimiento del sector público fue lento entre 1920 y 1970, cuando había 272 empresas de propiedad estatal; y explosi-

---

<sup>5</sup> Carlos Bazdresch y Santiago Levy, "El populismo y la política económica de México, 1970-1982", en Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en la América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas 75), 1992, p. 270.

vo entre 1970 y 1982, cuando se incrementaron a 1 155. A la creación y compra de grandes empresas productoras de bienes de capital se sumó, en la segunda parte de la década de los setenta, el rescate de empresas en quiebra como una forma de proteger el empleo. De esta manera, al finalizar el sexenio de José López Portillo las empresas estatales generaban el 18.5 por ciento del PIB y el 10 por ciento del empleo total.<sup>6</sup>

Esta situación se había generado a pesar de que para entonces ya se planteaban con claridad dos opciones de desarrollo: la apertura de la economía a la competencia internacional y la eliminación de obstáculos al desarrollo de la inversión privada; o la continuación de la expansión económica del Estado.

A principios de los años ochenta surgió la necesidad de realizar severos ajustes en las economías capitalistas, uno de los cuales implicaba la reducción del tamaño del Estado. En México, sin embargo, el predominio estatal se mantuvo en mucho como resultado de que el petróleo había cobrado un papel central en el proceso de crecimiento económico. De esta manera, el nacionalismo revolucionario saltó a un primer plano del debate ideológico.

La expansión económica del Estado se encuentra sustentada en una ideología que identifica al Estado con la nación, misma que se encuentra sistematizada en lo que ha dado en llamarse la Ideología de la Revolución Mexicana. Esta quedó plasmada legalmente en artículos constitucionales (como el 27) y constituyó experiencia de gobierno en los años 1934-1940, en el tiempo de la utopía nacional cardenista. Desde esta perspectiva, el capitalismo mexicano aparece en busca de una vía propia, elaborada bajo la perspectiva nacional, sin prestarse a comparaciones que se consideran siempre como meras imitaciones extralógicas. La singularidad de nuestro caso no admite semejanzas y, por lo tanto, exige soluciones distintas a las aplicadas en otros lugares.

Esta pretendida singularidad del caso mexicano, que está en la base

---

<sup>6</sup> Pedro Aspe, *El camino mexicano de la transformación económica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 154-158.

del nacionalismo, se expresa fundamentalmente como la reivindicación de una personalidad singular, actitud que en el terreno cultural ha tenido resultados de incomparable valor.<sup>7</sup> La pintura, la literatura, el cine, la arquitectura que se desarrollaron en el país a partir de los años treinta (y se extendieron casi durante cuatro décadas) están allí para demostrar la validez de este planteamiento. Sin embargo, los efectos de esta concepción en el terreno de las ciencias sociales no son comparables.

En el campo de la política, la particularidad estuvo representada por el funcionamiento de un sistema de partido hegemónico que logró la estabilidad requerida por el despegue industrial y la transformación económica del país. Sin embargo, la ausencia de una oposición fuerte o de calidad hace que el balance de esos años sea negativo en cuanto al avance democrático del país. La autocomplacencia acerca del imperfecto funcionamiento de las instituciones democráticas en el país, en particular en lo que se refiere al equilibrio de poderes, fue el signo dominante en los análisis de esa etapa.

En cuanto a la supuesta singularidad en la vía de desarrollo adoptada, tuvo serias deficiencias a nivel social. Si se observan la composición de las clases, la desigualdad social, la marginación, pocas diferencias existen respecto a países como Perú o Brasil. Los gobiernos herederos de la Revolución Mexicana no pudieron cumplir cabalmente con las demandas de justicia social. La atención a la erradicación de la pobreza, y en particular a la forma como debería atacarse en grupos determinados (indígenas, mujeres) fueron aspectos ausentes de la literatura especializada de esos años.

En el terreno económico, los resultados de la “vía mexicana” son igualmente dudosos. Al comparar los indicadores económicos se puede constatar la similitud que guarda el caso mexicano con las experiencias de otros países latinoamericanos. El subdesarrollo económico y el rezago social son una característica de los países de la región con un nivel de desa-

---

<sup>7</sup> Véase al respecto: Luis Villoro, “La cultura mexicana de 1910 a 1960”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol X, 1960.

rrrollo comparable al mexicano, independientemente de las diversas posiciones adoptadas respecto a la elaboración de la política económica y, en particular, respecto a la inversión extranjera y la propiedad de los recursos naturales no renovables.

En México, durante los años de la bonanza petrolera, la búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo se produjo en medio de una crisis del conocimiento económico. Sin propuestas alternativas, con aparente unanimidad, el Estado fue visto como el encargado de impulsar el crecimiento económico, sin considerar el ambiente internacional prevaleciente.

La creciente interdependencia generada por la parcialización y dispersión geográfica de los procesos productivos tenía fuertes implicaciones para todos los países integrados en la red mundial en proceso de formación. La reivindicación de un camino propio que desafiaba las tendencias recesivas imperantes para hacer crecer a la economía mexicana a tasas elevadas y con base en un solo factor (el petróleo) dio como resultado un crecimiento efímero y el agravamiento de los problemas financieros y estructurales. Nuevamente quedó demostrado que la afirmación particularista en el terreno económico provoca un desconocimiento del funcionamiento del sistema capitalista a nivel global.

En estos años, el argumento de la herencia cultural de España, que en la década anterior fue utilizada para explicar algunos de los obstáculos que enfrentaba el desarrollo de la civilización capitalista en los países de América Latina, se vino por tierra. España mostraba para entonces la fuerza de su crecimiento, espectacular después de 1986, y que en la actualidad ha colocado a la economía española entre las siete mayores del mundo. Situación que la lleva a reclamar un lugar dentro del Grupo de los Siete, el grupo de coordinación política de los países más industrializados del mundo. La economía española enfrenta problemas de funcionamiento, como un elevado desempleo hasta ahora invencible, pero nadie puede ya distinguir características culturales que den como resultado la falta de arraigo del capitalismo.

A los problemas relacionados con la incapacidad para solucionar los graves rezagos históricos que aquejan a la mayoría de la población y la crisis de conocimiento que impidió la elaboración teórica de alternativas

hay que agregar el autoritarismo propio del régimen mexicano que impidió la presentación y discusión de proyectos de desarrollo diversos, de ofertas políticas diferenciadas, tal y como sucede en una sociedad democrática. Esto no significa que dichas propuestas fueran inexistentes. Simplemente estuvieron condenadas a la ausencia de discusión seria en un ambiente profundamente ideologizado.

### La reforma estructural

La crisis de 1982 colocó al gobierno encabezado por Miguel de la Madrid ante la necesidad de adoptar una nueva visión frente a los problemas económicos del país, la cual fue madurando con el paso de los años. En un principio había poca claridad acerca del camino a seguir, y muchos compromisos que cumplir con los acreedores internacionales. Sin embargo, las corrientes de pensamiento que cobraban vigencia en otros países, y una nueva fase en el desarrollo del capitalismo mundial, hicieron que se planteara un nuevo modelo, totalmente diferente al que se había seguido en los 40 años previos. Es sabido que el llamado desarrollo estabilizador, a pesar de sus éxitos, no había logrado un desempeño eficiente del sector externo. El nuevo modelo se encargaría de compensar esta deficiencia.

Durante los primeros años de la administración de Miguel de la Madrid, el gobierno puso énfasis en la planeación como actividad primordial del Estado. Fue después, cuando en la práctica se da el fracaso del primer programa de ajuste aplicado, que se hará un replanteamiento del papel del Estado en la economía.

De lo anterior dan testimonio dos seminarios realizados en julio de 1984<sup>8</sup> y en junio de 1987,<sup>9</sup> durante los cuales es posible observar cómo se

---

<sup>8</sup> Carlos Salinas de Gortari *et al.*, *Planeación en tiempos de crisis*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1984

<sup>9</sup> Miguel De la Madrid Hurtado, *et al.*, *Cambio estructural en México y en el mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

fue dando la asimilación de la experiencia internacional tanto en el manejo coyuntural de la crisis como en los cambios estructurales que se están dando en las economías capitalistas.

Pese a que en el mundo había ya una importante corriente de pensamiento que explicaba la necesidad de realizar esos cambios y la manera de elaborarlos, en México no se tenía un proyecto bien definido de cómo ejecutarlos. Esta afirmación encuentra sustento en un análisis de la bibliografía publicada en el sexenio, que no es muy abundante si se compara con los numerosos trabajos que circulan en los años posteriores. Sin embargo, estos últimos reflejan con claridad un intenso trabajo de gabinete realizado en el periodo 1982-1988.

Igualmente importante resulta subrayar el hecho de que en estos años se dio un cambio en cuanto a la necesidad de conocer situaciones similares a la que vivía el país. Se revaloraron los estudios de caso en términos comparativos, los cuales permiten dar una dimensión a experiencias previas o simultáneas que fortalecen los elementos de juicio y permiten proponer soluciones viables. La comparación es una metodología utilizada por la ciencia política y, en el terreno económico, es ampliamente usado, con una perspectiva multidimensional para la solución de problemas, por el Banco Mundial, en sus informes anuales.

Estos se encuentran alimentados por casos específicos, los cuales son objeto de análisis particulares que se integran posteriormente en un trabajo amplio que es justamente el informe anual. Este tipo de metodología es útil para hacer el seguimiento de experiencias y soluciones puestas en práctica. Los trabajos elaborados de esta manera han demostrado que las problemáticas no son exclusivas de un solo país, lo que no niega ni impide la singularidad de cada caso. A nivel económico se parte de una matriz general, la cual crea una estructura de manejo macroeconómico, donde se da la pauta para la resolución de los problemas del crecimiento.

A pesar de la discusión abierta de ciertas temáticas, como la planeación, orientadas a dar mayor racionalidad a la conducción de los asuntos económicos, y de la incorporación de nuevos enfoques para el estudio de los problemas que aquejaban al país, la difusión de los análisis realizados, como señalé anteriormente, es baja.

La causa fundamental, desde mi punto de vista, fue la dificultad que hubo en ese sexenio para realizar los ajustes que la economía requería y, por lo tanto, de presentar resultados concretos. El primer programa de ajuste, el PIRE, había recibido el apoyo del Fondo Monetario Internacional (FMI) y con él la posibilidad de obtener 3 700 millones de dólares para el periodo 1983-1985. Sin embargo, México no pudo cumplir con las obligaciones contraídas, por lo que el acuerdo se interrumpió a mediados de ese último año. Al fracaso del programa de ajuste —señala Nora Lustig—<sup>10</sup> se sumaron la caída de los precios del petróleo en 1986 y la crisis del peso de 1987 ocurrida tras el derrumbe de la bolsa de valores en octubre de ese año. Fue entonces que se hizo evidente la fragilidad de las medidas correctivas adoptadas en el terreno macroeconómico y de la reforma del Estado.

En este último aspecto el avance se había retrasado por la inexperiencia en la aplicación de la reforma que, en el caso de la privatización se expresó como un temor por malbaratar los activos, como reconoció años después José Córdoba,<sup>11</sup> jefe de la oficina de la Presidencia de la República durante el gobierno de Carlos Salinas.

Durante ese periodo se privatizaron empresas relativamente pequeñas o de interés secundario, siendo las más importantes Renault de México, Nacional Hotelera, Cementos Anáhuac del Golfo, Finacril, Grupo Atenuque, el ingenio El Potrero y Tereftalatos Mexicanos.

Estos primeros pasos en la privatización fueron fuertemente criticados. Se veía tras la desincorporación una ofensiva empresarial en contra de la intervención del Estado, sin reconocer la necesidad de elevar la productividad de las empresas. La privatización era una fórmula para hacer que éstas funcionaran bien, basada en la hipótesis de que en manos privadas las empresas funcionan mejor y, sobre todo, en las experiencias de países que, como Gran Bretaña y Chile, habían iniciado este proceso desde fina-

---

<sup>10</sup> México. *Hacia la reconstrucción de una economía*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1984.

<sup>11</sup> “La reforma económica de México”, en Carlos Bazdresch *et al.*, *México: auge, crisis y ajuste*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

les de la década de los setenta. Sin argumentos en contra ni datos de apoyo, la oposición a que la clase empresarial mexicana recobrara parte del dinamismo mostrado durante el desarrollo estabilizador, se convirtió nuevamente en invalidación. Sin un análisis de los pros y contras de la medida, la privatización se llevó adelante sin advertencia seria del riesgo que estaba implícito en las privatizaciones de favorecer a los monopolios, a los ya existentes o los que se formarían a partir de la desincorporación. Tampoco hubo una crítica fundamentada acerca de qué sectores, y por qué motivos, deberían quedar fuera del proceso de privatización. Ni un cuidado sobre los procedimientos seguidos por el Estado en el proceso de desincorporación.

Fue a partir de 1988 que se dio el viraje decisivo en materia de ajuste macroeconómico, reforma estructural y una nueva participación en el mercado mundial. Medidas impensables unos años antes, como la negociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, evidenciaban que se había optado por el camino de la liberalización. El Estado continuó las tareas del ajuste y la reforma. Se realizó una reforma fiscal que buscaba reducir el déficit histórico y se avanzó en el proceso de desregulación. Estas reformas redujeron la actividad directa del Estado en la economía y reorientaron su participación hacia una mayor atención al bienestar social.

Por esto, en términos estrictos no puede afirmarse que el gobierno mexicano haya aplicado reformas neoliberales, las cuales fueron diseñadas en países industrializados para recortar las subvenciones del Estado de bienestar, que coadyuvaban a la caída de la productividad. En México, la enorme desigualdad social, el elevado número de habitantes que viven en situación de extrema pobreza, hacen impensable un retiro del Estado en el terreno de la atención a las necesidades sociales.

Para la segunda mitad de la década de los noventa, el Estado mexicano ha logrado ya una reestructuración de sus finanzas y de su participación económica. La reestructuración tiende a un creciente fortalecimiento de la institución estatal por la vía del saneamiento de sus finanzas. Estos avances en la llamada reforma estructural son oscurecidos por los efectos de los errores cometidos en la realización de la reforma. Errores derivados

tanto de las deficiencias de la estrategia seguida en 1988-1994, y agudizados por el manejo coyuntural de la crisis hecho por el presidente Zedillo y su equipo.

Rogelio Ramírez de la O. presenta un panorama desolador acerca de los efectos de la devaluación de diciembre de 1994. Los cálculos que realiza sobre la pérdida de riqueza (de mexicanos y algunas instituciones) a raíz de la devaluación, lo llevan a hablar de 45 mil millones de dólares.<sup>12</sup> Las pérdidas en acciones, la cartera vencida de los bancos, la deuda privada en dólares, son los indicadores utilizados para obtener esa cifra, la que el autor considera será pequeña frente al desastre que puede vislumbrarse en caso de que las tasas de interés en el país se mantengan en los altos niveles que registraron tras la devaluación.

Así enfocado el problema, la gravedad de la crisis puede atribuirse, en sentido contrario a la opinión dominante, a la forma cómo Zedillo enfrentó la conducción económica del país. No había claridad acerca del alcance de las reformas salinistas y de los ajustes requeridos para mantener una continuidad. Esto hubiera implicado la continuación de las reformas por medio de una liberalización sincronizada de todos los mercados: mercancías, capitales, activos y trabajo. Y, probablemente, un anuncio en este sentido hubiera reducido las presiones especulativas y reforzado la posición del peso sin llegar a la devaluación.

Pero el presidente tenía otra opción igualmente viable. Anunciar un cambio en las políticas hasta entonces mantenidas, entre las cuales hubiera podido incluirse la devaluación, la cual no necesariamente era mal aceptada por los inversionistas extranjeros.

Es decir, había opciones pero no se entendieron. Se perdieron al menos dos oportunidades en que pudieron anunciarse las medidas que confirmaran la visión del gobierno. Una, la más obvia, en el discurso de toma de posesión. La otra, el 29 de diciembre de 1994, cuando se anuncian las medidas que acompañaron a la devaluación. Proponer en ese momento

---

<sup>12</sup> “La crisis del peso mexicano y la recesión de 1994-1995: ¿previsible entonces, evitable en el futuro?”, en Riordan Roett (comp.), *La crisis del peso mexicano. Perspectivas internacionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 51.

una agenda económica habría sido, a su juicio, una forma de despertar confianza.

Esto, sin embargo, no sucedió, con los resultados bien conocidos por todos. Más aún, los problemas derivados de la devaluación se ven agravados por la ausencia de un debate intelectual que ofrezca alternativas a la situación que atraviesa el país. El gobierno carece de un proyecto sólido. Sin embargo, hay un vacío de propuestas que sorprende debido a las implicaciones de este hecho.

Tras la inesperada crisis mexicana no existe una prescripción de política económica por parte de los encargados de fiscalizar la política económica de México tras el otorgamiento del paquete de ayuda más importante que se ha otorgado a país alguno por el Fondo Monetario Internacional y, por supuesto, por el gobierno de Estados Unidos.

El único camino viable para evitar la catástrofe es la recuperación del crecimiento. Y, para ello, se necesita que el gobierno continúe la liberalización, a la cual se oponen grandes intereses (banqueros, grupos industriales tradicionales, monopolios), los que, sin embargo, no pueden asegurar el crecimiento sostenido sin la participación del capital extranjero.

Continuar el proceso de liberalización es precisamente lo que en este momento se ve como casi imposible de lograr ante la irritación justificada de los mexicanos que ven con desconfianza y preocupación el futuro de la economía.

### **Consideraciones finales**

En la coyuntura electoral de 1997 se corre el riesgo de regresar a visiones simplificadoras que logren la adhesión del electorado que busca castigar el desempeño insatisfactorio del gobierno, pero que nada aportan a la solución de los problemas que enfrenta el país.

La descalificación del adversario político surge como el expediente fácil al que se recurre desde las diversas tendencias políticas. Por una parte,

se encuentran las acusaciones de neoliberalismo a todas aquellas medidas orientadas a retirar obstáculos al desarrollo capitalista. Su reduccionismo sólo resulta comparable a la respuesta, igualmente anulatoria, en contra del populismo.

Me atrevo a formular que en lo que en los últimos años se ha dado en llamar “populismo”, podemos encontrar un temor hacia los excesos del capitalismo, hacia las desigualdades que el capitalismo trae consigo. En un país como México, con un capitalismo atrasado y con serios rezagos, éste es un temor que tiene fundamento.

Sin embargo, también es cierto que hay países con los cuales puede establecerse una comparación válida, como es Corea del Sur, que han sufrido los efectos del colonialismo y el imperialismo, y que han podido lanzarse en una vía capitalista sin por ello ver agudizadas las desigualdades sociales. Por el contrario, los asombrosos avances que se han producido en la educación han tenido un efecto inmediato en el desempeño de la economía y en el bienestar de la población.

En México, sin embargo, el rechazo al capitalismo y, en particular al liberalismo, oscurece la búsqueda de alternativas. La ideología nacionalista heredada de la Revolución Mexicana (que lo mismo puede ser comunicada por sectores de izquierda, centro o derecha) guarda mucho de la herencia católica profundamente antiliberal. De allí que el combate a la pobreza se considere opuesto a los objetivos que una economía abierta a la competencia puede lograr.

A pesar de esto, hasta ahora se carece de una propuesta de solución al problema de la pobreza que niegue las líneas trazadas por los organismos internacionales como el Banco Mundial en su enfoque para la ruptura del círculo vicioso de la pobreza. La prioridad a la educación, la atención a la salud, el apoyo a los grupos más desfavorecidos como los niños, los ancianos y las mujeres víctimas de patrones culturales de discriminación persistente, así como la propuesta de modernización productiva del campo, son hasta ahora los argumentos más convincentes para atacar de raíz el problema de la pobreza en países como México.

Sin embargo, esta posibilidad es rechazada en diversos ámbitos. A pesar de que el país transita una vía capitalista desde los años treinta, y del

fracaso del modelo alternativo seguido por las economías centralmente planificadas, hay sectores del país que no aceptan abiertamente sus compromisos ni con el mercado capitalista ni con una sociedad abierta y democrática. Esto demuestra la falsedad que encierra la visión de que en la medida en que se asuman posturas económicas modernizadoras, la política y la legalidad tenderán a ajustarse a modelos más democráticos y complejos.

*Diciembre de 1996.*